

Embrujos y otros filtros de amor

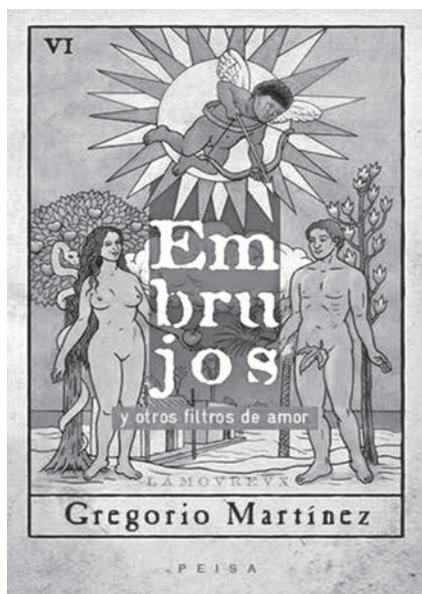
CHRISTIAN REYNOSO

Embrujos y otros filtros de amor (Peisa, 2015) de Gregorio Martínez es la reedición de *La gloria del piturrín y otros embrujos de amor* (1985), pero incluye dos capítulos nuevos titulados «Tarot» y «Espejos solo hay en Nasca». Esta reedición se hace después de treinta años, lo que significa que la obra de Martínez sigue vigente y se sigue leyendo, sin perder actualidad.

El libro está dividido en seis capítulos titulados: «Machinas y chirimacos», «Agua de arroz», «Cochayuyo», «Culantrillo», y los dos ya mencionados. Cada uno está compuesto a su vez por un conjunto de textos, en su gran mayoría, de extensión corta. Desde los títulos podemos advertir ya el tono jocoso de este libro que, en perspectiva, forma parte del imaginario que Martínez ha venido construyendo a lo largo de su obra. Esta se caracteriza por diversos registros literarios que van desde el artículo breve, el cuento, el relato, la novela, hasta la crónica, la estampa, el retrato literario y periodístico, constituyendo así su corpus en un gran mosaico de estilos, técnicas y modos de narrar que tienen como elemento común una prosa muy bien delineada, salpicada con vocablos propios de su lar, o populares, o ya perdidos, o en desuso por la cultura dominante.

En las primeras páginas del libro, en el texto titulado «Buena fe», Martínez nos dice, a modo de recomendación: «entra de hacha, utiliza este libro entero como si fuera un mazo de naipes o la baraja del tarot. Cierra los ojos, colibrí, y abre el libro al azar. Busca tu mensaje en las dos páginas que tienes frente a ti. Dos páginas semejantes a las dos páginas de la palma de tu mano izquierda, dividida por la línea del destino...» (p. 12). Ya podemos adivinar lo que viene. El primer capítulo «Machinas y chirimacos» está enfocado en el tema del amor no correspondido, o en aquel deseo amoroso no satisfecho; en ese sentido, Martínez pone a consideración del lector algunas «recetas» —así como aquellas que nos daban nuestras abuelas—, para hacer sortilegios, filtros, amarres y hechizos y tener a nuestro lado al ser amado, por siempre jamás, o en su defecto, para alcanzar «los quilates del divino tesoro» (p. 34) de una mujer.

En este punto destaca la literatura de Martínez. Estos textos valen por el lenguaje. Es precisamente la forma



Embrujos y otros filtros de amor

Gregorio Martínez
PEISA
Lima, 2015
216 pp.

cómo el autor nos provee de estos embrujos y sortilegios con un poder de verosimilitud tal que los lectores terminaremos por creer en ellos y acaso queramos llevarlos a la práctica.

De esta manera, nos vemos envueltos en medio de una vorágine donde intervienen o bien los cabellos o las ropas íntimas del ser amado, oraciones a media noche, con agua de coco, floripondio, para para, huevo de gallina negra, guayaba bien madura, huevo de gallo, cañadulce, erizo, ostras y el chamico. El blanco «para borrar una pasión, para desatar los nudos de [un] capricho amoroso» (p. 33); o el morado, para sumergir «al hombre o a la mujer en las tinieblas de una obsesión ciega, que ya no es pasión amorosa, sino cojundismo, camote, tontera» (p. 33).

En el capítulo «Agua de arroz», Martínez recurre a los relatos de la tradición oral, pero que subvierte a través de la ficción literaria y, por lo tanto, los dota de personajes, acciones, situaciones trágicas, o caricaturescas, que evidencian una imaginaria desbordante que linda entre lo real, lo maravilloso y lo ficcional. Por ejemplo, la historia

de «Niñodios Belahonia». Un niño que nace con los ojos más bonitos que nadie y a quien la gente del pueblo, en especial los afligidos por la angustia, asedian para encontrar esperanza en su mirada; o la historia de Jacinto Tezón, mozo bien plantado, dueño de un miembro bien dotado, que vive en la soledad e infelicidad a causa del rechazo de las mujeres y que, finalmente, encontrará la solución a su problema yéndose a París con una «manfribita»; o la historia de Diosdado Barahona, el hachero contador de películas: en vista de que los niños del pueblo de Coyungo no pueden viajar a la capital para asistir al cine, es Diosdado quien va y luego regresa para contarles la historia de la película. Tal es su ímpetu de contador que termina alentando el primer sindicato de trabajadores de Coyungo.

El autor también explora el mundo de la música y el bolero, «la única música que podía incitar la declaración amorosa y alentar el aparre» (p. 71-72), para luego introducirnos a través de la crónica y la entrevista en el mundo de Lucho Barrios, el «car´epapa» (p. 73) como le gritaban de niño en su barrio de Bellavista en el Callao; y en el bolero «Marabú» que canta las desdichas y alegrías de ese ambiente de «criollismo popular que no es el criollismo señorial y reaccionario». (p. 76) Transitamos luego por la vida bohemia de Rómulo Varillas, fundador de Los Embajadores Criollos. Así como Martínez nos habla de boleros y cantantes también nos habla de toros, toreros y corridas.

Embrujos y otros filtros de amor es un libro que punza en la curiosidad y complicidad del lector. En este libro Martínez hace gala de un ritmo verbal que contagia, como si al leer estuviéramos escuchando una música que nos alegra, con muchos acordes de humor e ironía, pero también con cierta dosis de crítica o, más bien, de reclamo a la cultura oficial. Estamos ante una prosa que expresa de manera particular la cosmovisión y sabiduría popular de la cultura afroperuana, de aquella que se ha forjado en el pueblo de Coyungo — en el distrito de Changuillo, en Nasca—, ya famoso dentro de la obra literaria de Martínez y que no es sino el lugar donde ha nacido, y que se ha configurado, acaso, en la génesis de su universo literario.